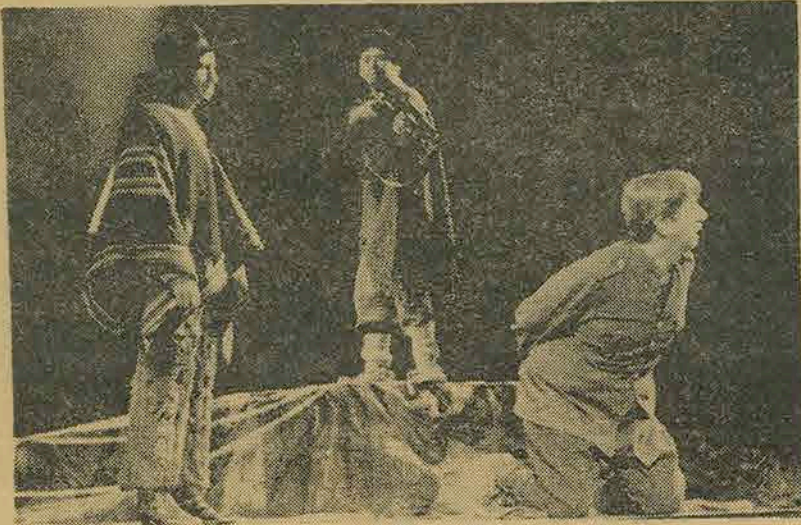


TEATRO

"Los que van quedando en el Camino" De Ranquil al Comandante CHE GUEVARA



Andrés Rojas Murphÿ, arrodillado, en su papel de cabo de policía.

LOS QUE VAN QUEDANDO EN EL CAMINO

Depto. del Teatro de la "U" de Chile. Autora: Isidora Aguirre. Director: Eugenio Guzmán. Teatro: Antonio Varas.

LUGAR: Ranquil, caserío ubicado en Cautín, en los alrededores cordilleranos del Alto Bío-Bío. **FECHA:** entre abril y junio de 1934. **TEMA:** un alzamiento de campesinos que defendían sus tierras, o "pueblas". Para contar estos hechos, Isidora Aguirre, intenta, con éxito, la creación de una nueva técnica en la dramaturgia criolla. Fusiona las retrospectivas con la crónica teatralizada y tanto ella como el Director, Eugenio Guzmán, conducen al espectador a conclusiones donde el drama se mezcla con la comedia, con la música y las luces para entregar una visión específica del problema del agro, y sus hombres. Los muertos salen de sus nichos fluviales, selváticos o rocosos; abandonan sus fobas regadas de sangre y lágrimas y se confunden con el historial iracundo, pero pasivo, de la vieja raza mapuche. Todos vienen a recordarnos que, según ellos, fueron mártires. Todos piden venganza y exigen más cadáveres al ya fúnebre historial sureño. Los difuntos lanzan quemantes acusacio-

nes, pero no logran ponerse de acuerdo: unos gritan que el culpable es el caudillo socialista o comunista, otros que la responsabilidad fue del gobierno burgués de la época. Pero, como lo afirma el Profesor Mario Céspedes, todo hay que abonarlo a la fatídica cuenta "de un orden social y político absolutamente injusto, que pugna por sobrevivir en ALGUNAS (¿?) partes del mundo".

Arrogante, el hombre dice: "cuando ustedes están en peligro lo primero que llaman es a un carabinero. Son cobardes. No son capaces de nada. Siempre piden auxilio". Luego, súbitamente, el hombre modifica su actitud. Comienza a caer arrodillado. Tiembla. Mira de soslayo. Busca una escapatoria. Sus ojos parecen los de un pez agonizante. Su pelo, rojizo y desgredado, centellea como refulgiría el cobre líquido. Le cae sobre el rostro como queriendo ocultar el último grito de esperanza, en su zoológica lucha por vivir y no morir. Ya está totalmente arrodillado. Cobardemente musita: "no me maten. Yo cum-



plo órdenes. Soy hijo de inquilinos, como ustedes. Me quitaré el uniforme. Pasaremos juntos a Argentina. No me maten, por favor".

Pero los campesinos de Ranquil lo alzan en vilo, lo llevan hacia un lateral y se pierden con su carga humana. Se escucha un grito que petrifica nuestras arterias. Después, silencio. Ranquil se ha vengado. Las luces de la escena se apagan, pero el tablado íntimo del espectador queda iluminado por un turbio resplandor —ópalo viscoso, laguna de osamentas trituradas.

El hombre es el cabo Montoya, artísticamente representado por Andrés Rojas Murphy a quien vimos, en 1962, cuando en la TV protagonizó a uno de los personajes centrales de un cuento navideño, cuyo autor es un escritor chileno. Aquella vez creímos que este actor del ITUCH nunca podría superarse en patetismo interpretativo. Pero ahora, en la obra de Isidora Aguirre, hemos visto nuestro error. Si nos extendemos tanto en esta secuencia teatral, únicamente es porque, a nuestro juicio, ella marca la parte emocional de "Los que van quedando en el Camino".

Hay muchas cuestiones sociológicas planteadas, tanto en la acción como en el diálogo. Esta obra no es política, según lo asegura el Director Eugenio Guzmán. Pero, ¿es posible separar a las luchas sociales de las políticas? Creemos que no. Cada actor siente políticamente lo que dice. Lo vive. Y lo hace con énfasis, con naturalidad. Hay pasajes en que el asunto se intelectualiza un poco, porque en 1934, ¿un hombre o mujer campesinos podían dar estas definiciones?

—"La hombría consiste en tomar decisiones. Buenas o malas,

Escena final de "Los que van quedando en el Camino", los actores cantan un himno basado en la Segunda Declaración de La Habana de Fidel Castro.

pero importa definirse y decidirse".

—"La muerte no existe cuando se tiene un ideal y pasamos con él a la Eternidad".

—"No tenemos fusiles. Nuestra arma es la ira".

En toda forma, esta es una pieza que cumple la finalidad que su autora previó: despertar a los indiferentes, llenarles el espíritu de hambres de reivindicaciones. Convertir la saliva del espectador en furioso espumarajo, en iracundo escupitazo de desprecio lanzado contra las clases dominantes.

RESUMEN: toda la obra, de principio a fin, busca acusar. Intenta desafiar a los remolones sociales. Pretende convertirse en desesperado grito de libertad. ¿Logra tales resultados? Creemos que en mucha medida sí, porque visible y actual surge en el escenario el mensaje póstumo del Che Guevara: "De los que NO entendieron bien, de los muchos que murieron sin ver la aurora, de sacrificios ciegos y NO retribuidos, "DE LOS QUE FUERON QUEDANDO EN EL CAMINO", de todos ellos también se hizo la revolución..." (Pasajes de "La Guerra Revolucionaria").

CALIFICACION: si no fuera por los alumnos jóvenes del ITUCH la sobreactuación en que incurren (que aquí vimos) y de haberse puesto menos intención "llorona" en algunos de los cuadros que muestran las batallas del campesinado, esta obra podría calificarse de excepcional. La dejamos en MUY BUENA.